

EL PADRE CAFFAREL, UN COMPAÑERO EN NUESTRO CAMINO HACIA DIOS « PERO EL AMOR ES MI ESENCIA! »

DÍA 8º

**Presencia de Dios en la oración de intercesión
« Interceder por amor a Ti y por amor a los hombres. »**

En la brecha

En la hora de más calor del día, sentado a la entrada de su tienda, al levantar la vista, el patriarca ve a Yahvé que pasa, acompañado de dos ángeles. Se levanta, se prosterna y ofrece hospitalidad al misterioso Viajero. Éste le renueva la promesa de una descendencia y le confía que va a bajar para juzgar a Sodoma y Gomorra. Entonces Abraham se constituye en abogado de las ciudades pecadoras ante Dios y su oración, la primera que leemos en la Biblia (Gen 18), es una intercesión en favor de los culpables, intercesión confiada, hábil, audaz, patética. Abraham inaugura así la larga línea de intercesores que de edad en edad se sucederán en Israel. [...]

A decir verdad, todos los intercesores de nuestra Biblia no son más que figuras, esbozos del gran, del único Intercesor: Jesucristo. He ahí el hombre al que Dios busca: de pie sobre la brecha, con los dos brazos extendidos, interponiéndose. Aboga por el mundo criminal más eficazmente que Abraham, y porque se ha solidarizado con la naturaleza humana hasta el punto de ligarla indisolublemente a la Encarnación —*et Verbum caro factum est*— desde ahora en adelante la naturaleza humana está reconciliada con el Padre.

De una vez por todas se ofreció Jesucristo, de una vez por todas restableció el puente entre la humanidad y la divinidad. En cierto sentido, su misión de intercesor ha terminado. Pero también es verdad que quiere estar presente, en cualquier fracción del tiempo y del espacio, para continuar en la tierra su función de intercesor hasta el fin de los siglos. Y para ello cuenta con nosotros, sus discípulos. A nosotros nos toca ahora permanecer en la brecha, velar. Sin duda nos corresponde abogar por la inmensa multitud de los hombres, pero ante todo y muy especialmente por la porción de espacio, de tiempo, de humanidad que corresponde a nuestra misión, que es precisamente encarnar a Cristo y proseguir su intercesión. [...]

La oración de esos intercesores no es otra cosa que la oración de Cristo mismo, de lo contrario no sería nada, no lo sería. Oración de Cristo suscitada en ellos por el Espíritu de Cristo. Ese Espíritu uno de cuyos nombres propios es Paráclito, que significa: abogado, defensor, intercesor. Y, sin duda, el Espíritu Santo ruega por aquellos en quienes él permanece, pero al mismo tiempo, en ellos y por medio de ellos, intercede por la humanidad.

Lo que todos esos intercesores piden, impulsados por el Espíritu, en su pobre lenguaje humano terrenal, Cristo glorioso está a la diestra del Padre para traducirlo en el cielo: porque Él está vivo, el Señor resucitado, y san Juan y san Pablo nos dicen (I Juan 2, 1): Hch 7, 25): « Él nunca deja de interceder por nosotros. »

Interceder es verdaderamente una de las grandes palabras del vocabulario de la oración; verdaderamente es una función importante: testimonia al mismo tiempo un gran amor a Dios y un gran amor a los hombres.

Padre Henri Caffarel
Cahiers sur l'Oraison, n° 38, abril 1961